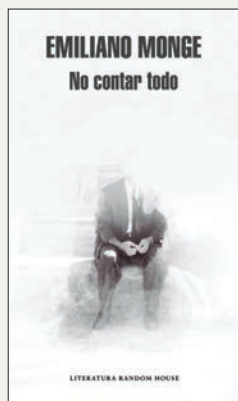


# NO CONTAR TODO

EMILIANO MONGE

## HERENCIAS

Antonio Ortuño



Literatura Random House, México, 2018

Aún menudean entre nosotros los críticos y profesores enamorados del concepto de la *novela total*. Es decir, aquella que, ambiciosa y desmesurada, pretende explorar hasta las últimas consecuencias el mundo determinado que traza (el término —se sabe— lo acuñó Vargas Llosa para hablar de Gabo, cuando aún eran amigos, y acto seguido se lo aplicó a sus propias creaciones). Estos creyentes menudean, así sea a fuerza de repasar ilustres memorias, porque las literaturas de América Latina han sido generosas en la producción de esa peculiar clase de mecanismos narrativos que erigieron, en su día, los ya mentados Vargas Llosa y García Márquez, pero también Cortázar, Fuentes, Cabrera Infante, Carpentier e incluso el renovador (y posterior) Bolaño. Enciclopédicas, voraces, caudalosas y repletas de capas argumentales, estructurales y hasta políticas, así como de pasajes de prosa voluntariamente memorable, esas *novelas totales* permanecen en la imaginación de buena parte de la crítica de nuestra región como ejemplos del camino que un narrador debe seguir para alcanzar el nivel supremo: como la prueba de fuego que separa a los “grandes” de los demás.

Claro que esta idea es difícil de sostener más allá de los alardes de una reseña o una noticia, porque entonces tendríamos que aceptar que son menores los novelistas que construyeron visiones alejadas de esa clase de totalidad: es decir, Rulfo, Ibarguengoitia, Arenas, Garro, Castellanos, Ocampo, Fogwill, Onetti, Vallejo, Peri Rossi, Sarduy, Saer, Gorodischer, mil más. Y, sin embargo, eso ha sucedido: la superioridad de la *novela total* sobre cualquier otra forma literaria en América Latina ha sido parte fundamental del discurso hegemónico en nuestras letras durante decenios y ha contribuido decisivamente a la actitud de ninguneo, olvido y hasta invisibilidad que se deparó a otros escritores esenciales. Pero no hay hegemonía eterna. Hoy mismo, la mejor novelística latinoamericana le debe más a esos presuntos “segundos”, me parece, que a los patriarcas del pasado. Puede decirse que Juan Cárdenas, Samanta Schweblin, Álvaro Enrígue, Selva Almada, Fernanda Melchor, Mariana Enriquez, Diego Zúñiga, Hernán Ronsino y otros más, escriben lejos de la sombra colosal de los “totales” y

bajo otras referencias estéticas (el fragmento, el neorruralismo, el es-  
perpento, el nuevo periodismo, los subgéneros; en fin, una multitud  
de recursos contrastantes y disímiles unos de otros). Y sin embargo...

Sin embargo, una novela como *No contar todo* de Emiliano Monge  
(quien pertenece, por derecho, al grupo de los más interesantes autores  
de novela actual en América Latina) obliga a replantearse categorías  
e ideas. Porque, aunque quizá sería sencillo agruparlo entre los descen-  
dientes de los "no alineados", hay en su largo aliento y en la ocasional  
grandilocuencia (si es que esta palabra puede ser usada sin connota-  
ciones peyorativas) con que narra, estudia y desmenuza la relación  
entre tres generaciones de hombres de apellido Monge (su abuelo, su  
padre y él) algo que recuerda la codicia y exuberancia de la *novela to-  
tal*. Y este aspecto, esta capacidad de su estilo para elevarse de lo me-  
ramente prosaico a lo espléndido, no es inusitado en la trayectoria del  
autor. Ya obras como *El cielo árido*, *La superficie más honda* y, sobre todo,  
*Las tierras arrasadas* mostraron su enorme ambición formal y su ca-  
pacidad para conseguir, a veces con unas pinceladas, un discurso li-  
terario de ecos sociales trascendentes (esto, por cierto, resulta clave  
en la *novela total*, cuyos autores fueron reputados de sintonizar su pro-  
sa con la "visión profunda" de sus pueblos). Incluso en los vericuetos  
de una obra a todas luces muy personal, como *No contar todo*, Monge  
es puntual observador de las sociedades y los tiempos por los que  
transcurre su narrativa y un crítico con un punto de vista anclado en  
la reflexión social (no en balde es politólogo). Me atrevo a decir, pues,  
que igual que es nieto e hijo de los Monge de su libro, el autor es un  
paradójico descendiente de los "totales", es decir, un buen lector de  
aquellos que los inspiraron (Faulkner, sin duda, y el canon entero de la  
novela moderna) y del propio *boom* latinoamericano. Y, en el mismo  
sentido de la trama de su novela, la manera en que ha decidido acep-  
tar su herencia es entrando en conflicto (formal) con ella, sí, pero co-  
menzando por asumirla...

Aquí conviene hacer otro desmarque. Aunque se trate de un pro-  
yecto, en todo sentido, memorial y de *no-ficción*, por tratarse de una  
historia familiar y basada en acontecimientos reales, la novela, me  
parece, escapa del terreno de la llamada autoficción, tan en boga, y lo  
hace por dos motivos. Primero, por el recurso del autor de hablar de  
sí mismo en tercera persona (las cosas, pues, no le suceden a un yo  
sino a un *Emiliano*, lo que crea una distancia textual y da como resul-  
tado una intimidad controlada y construida por el lenguaje. Lo narra-  
do no pasa a ser nunca confidencia, sino que se enuncia con el mismo

rigor con que se hablaría de un personaje ajeno, un cualquiera). Segundo, porque la autoficción consiste en la sumisión neurótica del mundo y la Historia al yo (verbigracia, los sucesos mundiales en los tomos de Knausgård no ocurren en el tiempo y el espacio históricos, sino en su tiempo y espacio, como música de fondo de sus dolores de estómago, insomnios, desencuentros familiares, etcétera), mientras que en *No contar todo*, la historia personal y familiar se entreteje discreta pero eficazmente con una mirada sobre el abandono y el machismo, sobre las violencias de la palabra y el silencio. Y es allí donde asoma la Historia, con mayúsculas: en el narco sinaloense, en el PRI, en el 68, en la guerra sucia y el Halconazo. Y también asoma la genealogía. *No contar todo*, entonces, quizá no pueda ser considerada una *novela total*, pero en la amplitud de sus miras y su mundo, y en la solemne dignidad de numerosos pasajes suyos, queda claro que es hija y nieta de ellas. El juego de espejos entre los destinos de Carlos Monge McKay (quien huye y finge su muerte), Carlos Monge Sánchez (quien abandona a su propia familia para irse de guerrillero) y Emiliano Monge García (enfermizo, torturado, objeto de reproches permanentes) es recalcado, capítulo a capítulo, por el cambio de punto de vista: el abuelo se narra a sí mismo mediante diarios; el padre le habla al hijo, ausente en sus monólogos salvo como testigo referencial; el hijo habla de sí mismo



Jack Vettriano, *The Billy Boys*. © Jack Vettriano

como de alguien más (“Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas”, escribió famosamente Borges). En esa multiplicidad, en esa ambición, en ese escape de la modestia formal y la sencillez estructural y esa apuesta por convertir la intimidad en un mundo inmenso, plenamente afianzado en la Historia, se basa su potencia.

Me parece que el triunfo de un libro como *No contar todo* es que Emiliano Monge no solamente ha ajustado en él las cuentas con su historia familiar y la estirpe patriarcal de su pasado, sino que también lo ha hecho con las tradiciones narrativas ante las que su prosa se construye. **U**

## LOS NIÑOS PERDIDOS

VALERIA LUISELLI

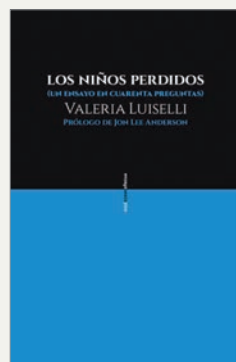
### SOLDADITOS ROTOS

*Francisco Carrillo*

Hace unas semanas un taxista metiche me preguntó a qué me dedicaba. Declararle que a la literatura sólo fue el inicio de su interrogatorio: qué era eso y, tras una respuesta inevitablemente poco satisfactoria, para qué servía. Entre mis balbuceos se reveló, al menos, una de esas iluminaciones sólo posibles en el interior de un taxi: en ese momento reconocí que ésas son las preguntas que importan.

¿Para qué sirve la literatura? A fin de cuentas, la literatura debe servir para algo más que pagar facturas y mendigar talleres creativos y colaboraciones, para algo más que convencerse de que tu anécdota en el taxi, tus acontecimientos y reflexiones más anodinas deben interesarle a alguien, ahora que los escritores de nombres más o menos noruegos y sus literaturas del yo están tan de moda. Para los aburridos ante el incontenible narcisismo de los Knausgård de turno y los epígonos del último Levrero, sus incesantes actualizaciones en redes sociales o sus artículos dedicados a conjugar el yo-mí-me-conmigo, *Los niños perdidos*, ensayo-crónica sobre los menores atrapados en el sistema migratorio estadounidense, brilla con una luz especial.

Porque el libro de Luiselli demuestra que la literatura puede ser una actividad útil:



Sexto Piso, México, 2017